

Perlas & Curiosidades (Vol 1)

Reflexiones, acontecimientos y aprendizajes en la caminata de los hermanos

Autor: GodMakes.com

Relatos, reflexiones y curiosidades significativas vividas en la caminata cristiana de los hermanos, con lecciones, sorpresas y detalles que fortalecen la fe.

Publicación: 20/abr/2026

Introducción

Este libro nace de un lugar sencillo, pero profundamente valioso: la comunión entre hermanos en Cristo que desean conocer más a Dios, profundizar en Su Palabra y vivir una relación cada vez más verdadera con el Señor Jesús.

GodMakes está formado por personas que se reúnen con ese propósito. Más que estudiar la Biblia como un ejercicio intelectual, buscamos meditar en las Escrituras con el corazón abierto, permitiendo que la verdad de Dios transforme nuestra vida, nuestra manera de pensar, nuestras decisiones y nuestro caminar diario. Es un espacio de devocional, aprendizaje, edificación, oración y crecimiento espiritual.

Como fruto de este caminar, el Señor también nos ha permitido ver florecer entre nosotros algo muy hermoso: testimonios. Testimonios de liberación, provisión, sanidad, corrección, consuelo, transformación y respuestas a la oración. Son relatos que no señalan la capacidad humana, sino la fidelidad de Dios. Este libro reúne parte de esas experiencias, registrando lo que el Señor ha hecho en la vida de personas comunes, en situaciones reales, muchas veces en lo secreto, pero siempre con gracia, misericordia y poder.

Además de los devocionales y los testimonios, GodMakes también ha sido un instrumento de apoyo a la obra misionera. Hoy, esto sucede de manera especial por medio del acompañamiento de un frente misionero en Mozambique, con atención dirigida a niños que viven en situación de necesidad, incluyendo apoyo con alimentación básica, educación infantil y acompañamiento local. Todo esto se hace de manera sencilla, responsable y con transparencia, conforme Dios va guiando cada paso.

Nuestro deseo es que este libro no sea solamente una lectura agradable, sino una oportunidad para acercarse a Dios. Que al leer cada capítulo, recuerdes que el Señor sigue vivo, presente y obrando. Él todavía habla, corrige, consuela, responde, sostiene y transforma. Él sigue alcanzando vidas con amor.

También dejamos aquí una invitación sincera. Si lo deseas, camina con nosotros en esta jornada. Sigue los devocionales, visita el sitio web, conoce mejor los testimonios, mira la obra misionera, comparte este material con otras personas y, si Dios toca tu corazón, acércate también a esta obra. Hay espacio para orar con

nosotros, aprender de la Palabra, caminar en comunión y apoyar las misiones conforme a la dirección del Señor.

Que este libro fortalezca tu fe, despierte tu corazón y te acerque aún más a Jesucristo.

Índice

¡La puerta estrecha!	5
¿Cómo orar? ¡Jesús nos enseñó!	9
¡Sin sentido común, la sociedad enferma!	13
¡Frustrado con Dios!	16
La pasión es una elección	21
Un Alma Fue Salvada y el Enemigo Atacó	25
El Peligro de la Idolatría Oculta	32
¿Sólo una vianda? ¿Por qué no?	35
¿Quién es el amigo del Novio?	38
¡Bolas de fuego del cielo me llevaron a Jesús!	40
¿Por qué debo perdonar?	42
¡Cuando el orgullo cae, la gracia entra!	44
¿Juntando o esparciendo?!	46
¿Coincidencia o Respuesta de Dios?	48

¡La puerta estrecha!

Testimonio: Marineide

En uno de mis momentos en la escuela, lancé una pregunta en el salón de clases. Quería llevar a los alumnos a reflexionar sobre la puerta estrecha mencionada por Jesús. En ese momento, nadie quería pasar por la puerta ancha. Todos entendían, de alguna manera, que la puerta ancha no era el camino correcto. Entonces un alumno en particular se me acercó y dijo: “Pero los gordos no pueden pasar por la puerta estrecha.” Esa pregunta quedó delante de mí, y me di cuenta de que no se trataba solo de una curiosidad de clase. Había allí una oportunidad para hablar de una verdad espiritual profunda.



Entonces respondí: justamente, el que está gordo de pecado, ese no pasará por la puerta estrecha. El que vive en la maledicencia, el que lleva maldad en el corazón, el que no honra a padre y madre, el que quiere matar a su hermano, ese no pasará por la puerta estrecha. Él se quedó calladito, escuchándome. Y yo continué, porque eso tenía que decirse hasta el final: sí, el gordo puede pasar por la puerta estrecha, pero el gordo que se limpia en Jesús; el gordo que deja obrar al

Señor; el gordo que deja que Dios quite todo el mal, el dolor y todo aquello que lo ata. Incluso usé esa imagen fuerte, como quien habla de una cirugía espiritual, porque eso es exactamente lo que Dios hace: Él arranca lo que está enfermado el alma. El gordo puede pasar por la puerta estrecha si acepta a Jesús en el acto. Por eso dije con firmeza: hay prisa. Esa es la prisa que Dios quiere, hermano. Esa es la prisa que Dios quiere.

En ese momento hablé de Jesús con autoridad. No estaba hablando de apariencia física, ni de cuerpo, ni de carne. Estaba hablando del alma. Y yo misma pregunté: ¿pasará por la puerta estrecha el gordo físico? La respuesta vino viva dentro de mí y también en mis labios: pasará por la puerta estrecha aquel que acepta a Jesús, aquel que es transformado por Él, aquel que es cambiado por Él. Porque lo que va a pasar por la puerta estrecha no es el cuerpo, no es la carne. Lo que va a pasar por la puerta estrecha es el alma que permanezca fiel al Señor hasta el día en que Él llame. Y cuando esa verdad ardió dentro de mí, solo pude glorificar al Señor y decir: oh, aleluya.

Después, ya en el devocional de la mañana, compartí ese episodio que había sucedido en el salón de clases la noche anterior. Por eso hablé de quienes estaban del otro lado de la pantallita. Yo sabía que esa palabra no era solo para los alumnos que habían oído la pregunta en la escuela, sino también para quienes estaban acompañando el devocional y para quienes aún verían esa grabación después. Mi corazón se volvió hacia esas personas, y sentí un clamor dentro de mí: que quien estuviera del otro lado de la pantalla hiciera suyas las palabras de Esteban; que tuviera el valor de permanecer firme por amor a Jesús, porque el amor de Jesús derramado sobre nosotros es muy costoso. No es algo pequeño. No es algo barato. No es algo que deba tratarse con ligereza. Por eso yo decía que necesitamos valentía, valentía incluso para colocarnos en la posición de ser apedreados, si fuera necesario, pero sin negar el nombre del Señor.

Sé que muchos pueden decir: “Mira, doña Neide estaba allí en la escuela hablando de Jesús.” Y así es exactamente como el pueblo me llama, doña Neide. Pero eso no me importa. No me interesa. Lo que yo quiero es ser fiel. Quiero ser como Sadrac, Mesac y Abed-nego, que fueron lanzados al horno de fuego, pero no negaron al Dios Todopoderoso. Ese es el tipo de firmeza que deseo para mi vida.

No una fe escondida, no una fe que retrocede ante la opinión de los demás, sino una fe que permanece de pie aun cuando el precio sea alto.

Por eso yo decía, y sigo diciendo: no podemos negar nuestra fe. No podemos bajar la cabeza. Los momentos son finales. No nos avergoncemos del Evangelio, porque es el poder de Dios para salvación de todo aquel que cree. Entonces proclamemos. Aunque lleguemos a ser apedreados, aunque lleguemos a ser excluidos de esta sociedad vieja e hipócrita, aun así diremos que solo el Señor es Dios. Porque es tiempo. Es tiempo de hablar. Es tiempo de no quedarse callado.

Yo decía esto porque entiendo que, si dejamos de hablar, el enemigo atropella y va quitando las almas. Va intentando arrancar precisamente las almas que necesitan ir al Reino, las almas que necesitan pasar por la puerta estrecha. Y la puerta estrecha sigue siendo el camino. Es por ella que el alma necesita pasar. Y si alguien está gordo de pecado, Dios lo va a alinear. Porque lo que va a entrar no es la carne. Es el alma. No es lo exterior lo que define la entrada. Es la vida rendida al Señor, es el corazón limpio por Jesús, es la fidelidad hasta el fin.

En el fondo, eso era lo que ardía dentro de mí mientras contaba aquel episodio en el devocional de la mañana: no se trata de apariencia, sino de arrepentimiento. No se trata del peso del cuerpo, sino del peso del pecado. No se trata del hombre exterior, sino del alma delante de Dios. La invitación sigue abierta: aceptar a Jesús sin demora, dejar que el Señor arranque el mal, el dolor, la maledicencia, la violencia del corazón y todo aquello que aleja de Su presencia. Por eso hablé de prisa. Porque hay decisiones espirituales que no pueden posponerse.

Y fue así como aquella pregunta hecha en el salón de clases se transformó, delante de mis ojos, en mucho más que una simple conversación con un alumno. Se convirtió en una exhortación viva sobre pecado, arrepentimiento y salvación. Se convirtió en un llamado a correr hacia Cristo mientras todavía hay tiempo. Se convirtió en un recordatorio de que la puerta estrecha sigue abierta para aquel que se deja limpiar en Jesús, para aquel que acepta la transformación, para aquel que permanece fiel al Señor hasta el día en que Él llame.

Y al concluir, mi corazón seguía firme en esta certeza: Jesucristo, inocente, pagó por todos nuestros pecados. Por eso, nadie necesita permanecer igual. Hay

perdón. Hay transformación. Hay salvación. Pero es necesario atender al llamado de Dios con urgencia, con verdad y con rendición.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-d76ac706-es>

¿Cómo orar? ¡Jesús nos enseñó!

Autor: Djeimes

Cuando observo la oración que Jesús nos enseñó, percibo que tiene una estructura perfecta. No es solo una secuencia de frases para ser repetidas; es un camino. Es la forma en que Cristo mismo nos enseña a entrar en la presencia de Dios y a hablar con el Padre.

Lo primero que aprendo es que, antes de cualquier petición, debo exaltar el nombre del Señor. Jesús comienza diciendo: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.” Eso siempre llama mi atención. Antes de hablar de mis necesidades, antes de presentar mis dolores, antes de pedir cualquier cosa, necesito reconocer quién es Dios. Necesito glorificar Su nombre. Necesito recordar que estoy delante del Santo, del Altísimo, del Padre que reina sobre todo.



Después de eso, Jesús me enseña algo aún más profundo: sumisión. “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.” Cuando llego a esa parte, entiendo que no estoy delante de Dios solamente para entregarle una lista de deseos. Estoy allí para colocarme en posición de obediencia. Es como si dijera:

“Señor, estoy aquí para servirte. Hágase Tu voluntad sobre la mía.” En ese momento de la oración, sigo reconociendo la santidad de Dios, Su grandeza, Su majestad, y coloco sobre mí la voluntad de Él. Es un gesto de rendición.

Solo después de eso Jesús me muestra el lugar de mis peticiones. “Danos hoy el pan para este día.” Es decir, yo puedo pedir. Yo debo pedir. Puedo presentar delante del Padre aquello que necesito. Pero incluso eso viene después de la adoración y de la sumisión. Hay un orden. Hay una sabiduría en ello. Y, junto con esta petición por el pan de cada día, también viene el clamor por el perdón.

Es precisamente ahí donde mi corazón se vuelve temeroso.

Hay algo en esta oración que siempre me ha perturbado, y hasta hoy me hace temblar. Jesús enseña: “Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.” Y, justo después, deja esto aún más claro: si perdonamos a los que pecan contra nosotros, el Padre celestial también nos perdonará. Pero, si no perdonamos, hay allí una condición seria, solemne y pesada. Eso me hace pensar profundamente. Porque, al fin y al cabo, cuánto soy capaz de perdonar revela mucho sobre cómo estoy delante de Dios.

Y el perdón no es algo simple. El perdón es difícil. Es un ejercicio diario. Es una práctica que necesita suceder todo el tiempo. Perdonar a las personas que amo. Perdonar a aquellos que se equivocan conmigo. Perdonar a aquellos que me lastiman. Perdonar incluso cuando, por falta de entendimiento, yo mismo me siento herido y termino acusando al otro. El perdón exige vigilancia, humildad, renuncia y gracia. Porque, si no consigo perdonar a mi hermano, a mi esposa, a mi madre, a mis hijos, o a quien sea, ¿cómo puedo esperar el perdón de Dios sobre mí?

Esta verdad dialoga con tantos otros pasajes de las Escrituras. Así como juzgamos, seremos juzgados. Con la misma medida con que condenamos, seremos condenados. Hay una coherencia en el Reino de Dios. Jesús nos muestra que es dando como se recibe. Damos perdón, y recibimos perdón. Negamos el perdón, y endurecemos el corazón también delante de la misericordia que esperamos recibir. Por eso esta palabra pesa tanto dentro de mí: es una condición. Es algo que no puede tratarse con ligereza.

Después de eso, Jesús sigue enseñándonos a pedir fortalecimiento: que no caigamos en tentación y que seamos librados del mal. Y eso también me enseña mucho. Porque veo que estar lejos del pecado viene incluso antes de la preocupación por el mal que puede alcanzarnos. Primero, debo clamar para no caer. Primero, debo pedir fuerza para permanecer en pie. Primero, debo pedir ayuda para no pecar. Solo entonces pido ser librado del mal. Este orden también revela algo importante: la mayor batalla comienza dentro de nosotros, en nuestra inclinación, en nuestra debilidad, en aquello que puede arrastrarnos lejos de la voluntad de Dios.

Y, al final, Jesús concluye nuevamente con honra y glorificación: “Porque tuyo es el reino, el poder y la honra para siempre. Amén.” La oración termina como comenzó: con Dios en el centro. Con Dios siendo exaltado. Con Dios siendo reconocido como Señor de todo. Esto es maravilloso, porque me muestra que la oración verdadera no gira en torno de mí. Comienza en Dios, pasa por mi rendición, presenta mis necesidades, confronta mi corazón, fortalece mi alma y termina devolviendo al Señor toda la honra que siempre fue Suya.

Cuanto más aprendo esto, más percibo que esta estructura es la base de toda oración. Jesús realmente nos enseña a orar. Y es maravilloso cuando comenzamos a aplicar esto en nuestro día a día, no como una fórmula fría, sino como un camino vivo de comunión con Dios.

Pero, si soy sincero, el punto que más sigue tocándome es el perdón. ¿Cuánto consigo perdonar todos los días? ¿Cuánto consigo liberar perdón a las personas que amo? ¿Cuánto consigo no guardar resentimiento, no cultivar amargura, no alimentar heridas? Porque, además de agradar a Dios y restaurar relaciones, el perdón trae paz a nuestro propio corazón. Al final, el beneficio también es nuestro. Quien perdona no solo obedece al Señor; también es sanado por dentro.

Por eso, mi clamor es que estas palabras entren profundamente en nuestro corazón y nos traigan fuerza para vivir esto en la práctica. Que logremos perdonar todo el tiempo. Que logremos orar como Jesús enseñó. Que logremos exaltar, someternos, pedir, arrepentirnos, velar y glorificar. Porque, cuando aprendemos a orar de la manera correcta, no solo estamos hablando con Dios — estamos siendo moldeados por Él.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-3fdaa719-es>

¡Sin sentido común, la sociedad enferma!

Testimonio: Jurandir

Crecí oyendo que nuestra generación fue menos conservadora que la de nuestros padres, y la de ellos, menos que la de nuestros abuelos. Aun así, había una regla silenciosa que nos guiaba: el sentido común. En la escuela, además de las materias, aprendíamos educación moral y cívica; conocíamos los símbolos de la nación y, en lo pequeño, practicábamos las “palabras mágicas”: por favor, con permiso, gracias. No era simple etiqueta; era una forma sencilla de recordar que el otro existe y merece respeto.



Con el tiempo, ese filtro se fue perdiendo. La Biblia me traspasa cuando dice: “si me juzgara a mí mismo, no sería condenado”. Nos falta ese autoexamen. No hablo solo de la salvación eterna, sino del suelo cotidiano: hablar, vestir, reaccionar, convivir. En todo, olvidamos medirnos delante de Dios y del prójimo.

El otro día vi una escena: un guardia de un centro comercial detuvo a una joven porque su ropa era demasiado corta para ese ambiente. La cámara lo registró; ella levantó el móvil y, en lugar de ponderar, lanzó insultos. En otra ocasión, una mujer perdió la paciencia en una escuela, gritó a los alumnos y, cuando un guardia intentó calmarla, lo humilló delante de todos. El guion se repite: el lente del

teléfono se alza como un escudo, y la razón parece pertenecer a quien más grita, no a quien más sopesa sus actos.

Perdimos el filtro. Perdimos la paciencia. Perdimos el hábito de juzgarnos a nosotros mismos. La vieja ley del sentido común—que ni siquiera debería escribirse—enseña que cuanto más público es el lugar, más conservador debe ser mi comportamiento. En espacios con mucha gente, cuido mis palabras, mi ropa, mi tono; miro con cariño a los ancianos y a los niños; respeto el espacio que es de todos.

Hoy, sin embargo, la libertad se confunde con “hago lo que quiero, donde quiero”. Eso no es libertad; es falta de formación, de educación social y ética. En tiempos de móviles, todo se vuelve espectáculo. Aun estando equivocada, la persona se graba como si fuera mártir de una gran injusticia. Y el irrespeto se propaga: maestros, militares, autoridades en el trabajo, padre y madre—la crisis de autoridad llega a todos los rincones de la vida.

En esos momentos, Jueces suena actual: parece que “no hay rey en Israel; cada uno hace lo que bien le parece”. Y, sin embargo, existe una ley silenciosa, el sentido común, que apunta a algo más alto: el temor del Señor, que nos llama al respeto y a la sobriedad.

Hasta en el gimnasio el tema es disputa por la vestimenta. Yo ni siquiera voy al gimnasio, pero he oído comentarios en podcasts: sexualización excesiva, miradas que cruzan el límite, y la culpa siempre desplazada al otro. Hombres y mujeres, todos necesitamos prudencia y pudor. Mostrar el cuerpo no es valorarse; a menudo avergüenza a los demás y abarata el valor de quien exhibe.

Sé que, al decir esto, algunos me tildarán de “santurrón”. No es santurronería; es principio. Y no solo bíblico—aunque lo es—, sino también ético y humano. El Evangelio me recuerda que el amor verdadero pone al prójimo por delante de mi voluntad. En Cristo, la libertad no es licencia para cualquier cosa; es poder para elegir el bien, refrenar la lengua, contener el impulso y honrar el espacio común.

Cuando dejo que Cristo reine, Él sana mis medidas por dentro. La cruz reconcilia mi corazón con Dios y con mi hermano; el Espíritu Santo me enseña dominio propio, mansedumbre, pudor y respeto. Antes de alzar el móvil para demostrar que tengo la razón, me examino. Antes de vestirme de modo que provoque,

pregunto a quién podría herir. Antes de subir la voz, recuerdo las palabras sencillas que dan dignidad a las relaciones.

Sin sentido común, la sociedad enferma—y yo enfermo con ella. Pero cuando me someto al Rey y amo al prójimo, el ambiente mejora, la autoridad recupera su lugar y la paz halla espacio entre nosotros. Que Dios nos devuelva el temor que equilibra la libertad y el amor que hace del espacio público un terreno de respeto. Que nos dé un corazón que se examina, para que, en lugar de condena, encontremos vida. Este es el camino: arrepentimiento, fe y práctica—luz encendida en medio del ruido del mundo.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-a3170257-es>

¡Frustrado con Dios!

Testimonio: Mario

Salí de aquella casa con el corazón apretado.

Durante siete semanas, fui fiel al compromiso que había asumido. Visité a aquella familia, les hablé de Jesús, oré con ellos, hice culto dentro de aquella casa y acompañé de cerca todo lo que Dios estaba haciendo allí. Era una familia vinculada a los Testigos de Jehová, viviendo sus propias luchas, sus propios conflictos, y yo me había entregado de verdad a aquella misión. En el fondo, yo ya veía el desenlace que deseaba. Imaginaba a aquella mujer entrando conmigo en la iglesia, conociendo a los hermanos, oyendo la Palabra y siendo alcanzada de una manera aún más profunda. En mi mente, todo caminaba exactamente hacia eso.

Yo estaba animado. Eufórico, incluso.



En la séptima semana, después de concluir aquello que me había propuesto hacer, sentí que había llegado la hora de la invitación final. Con alegría, dije que ahora

me gustaría que conocieran la iglesia a la que yo asistía, Herdeiros do Rei, en São Paulo. Yo creía que ese sería el paso natural después de todo lo que habíamos vivido allí. Al fin y al cabo, Dios había obrado, la campaña había sido una bendición y yo creía que el próximo capítulo ya estaba listo.

Pero no lo estaba.

La respuesta llegó simple, directa y sin rodeos:

— No, no voy a tu iglesia, porque yo ya tengo la mía.

En aquel instante, me quedé en silencio. Por fuera, no reaccioné. Por dentro, me derrumbé.

Salí frustrado. No exactamente con ella, sino conmigo mismo. Y, para ser sincero, también con Dios. Yo había creado un plan, alimentado expectativas, dibujado un resultado. Y, de repente, todo aquello que parecía tan seguro no sucedió. Fui a la tienda cargando ese peso en el pecho, preguntándole al Señor por qué mis planes no habían dado resultado. Por qué, después de tanto esfuerzo y tanta dedicación, el final no había sido el que yo esperaba.

Era como si yo le estuviera diciendo a Dios, en mis pensamientos: “Yo hice todo bien. ¿Por qué el Señor no completó esto de la manera en que yo imaginaba?”

Llegué a la tienda alrededor de las seis y media de la tarde. Normalmente cerraba a las seis, pero mi esposa todavía estaba allí. Y también había un muchacho sentado en la puerta, con aire de perdido, como si esperara algo sin saber exactamente qué.

Yo nunca había visto a aquel hombre.

Empezó a hablar conmigo. Sin rodeos, sin formalidades. Como si ya me conociera. Y, en pocos minutos, comenzó a abrir su propia vida de una manera impresionante. Habló de dolores íntimos, de una tristeza profunda y de pensamientos oscuros. Dijo que estaba tan mal que incluso había pensado en el suicidio.

De repente, toda mi frustración perdió la voz.

En aquel momento, ya no había espacio para mi decepción, mi orgullo herido ni mis reclamos a Dios. Delante de mí había un alma herida, un hombre al límite,

alguien que necesitaba auxilio urgente. Entonces hice lo que tenía que hacerse: le hablé de Jesús.

Hablé con sencillez, pero con fe. Lo invité a ir conmigo a la iglesia aquella misma noche. Era jueves, día de culto. Le dije que oiría la Palabra de Dios, que el Señor podía transformar su vida y que no necesitaba seguir en aquel estado. Y, para mi sorpresa —o mejor dicho, para mi corrección—, respondió sin vacilar:

— Voy. Voy contigo.

Fue allí, en medio del camino, yendo a la iglesia con aquel hombre, que algo encajó dentro de mí.

Como si el propio Dios me dijera, con mansedumbre, pero también con firmeza: “No es a quien tú quieres llevar. Es a quien Yo quiero traer.”

Yo había pasado siete semanas insistiendo en un resultado específico. Quería llevar a aquella familia. Quería ver que aquella historia terminara de la manera en que yo la había planeado. Quería poder decir que el esfuerzo había producido exactamente el fruto que yo esperaba. Pero Dios, en Su soberanía, me estaba enseñando que el Reino no gira en torno a mi voluntad, a mi cronograma ni a mi estrategia.

Yo quería conducir a alguien.

Dios ya había preparado a otro.

Mientras yo lamentaba una puerta que no se abrió, el Señor ya había puesto a un hombre en la puerta de mi tienda.

Un desconocido.

Un hombre en sufrimiento.

Un alma lista.

Aquel día entendí con más claridad que la obra no se mueve por la fuerza humana ni por la insistencia de nuestra ansiedad. Hay cosas que no dependen de cuánto queremos, de cuánto nos esforzamos ni de cuánto imaginamos merecer ver el resultado. Hay momentos en que Dios simplemente nos llama a obedecer, plantar, servir y descansar. El fruto, el tiempo y la dirección siguen perteneciendo a Él.

Aquel hombre fue al culto.

Y fue una bendición.

Recuerdo la presencia de Dios tocando aquel lugar. Recuerdo que él lloraba, quebrantado, profundamente visitado por el Señor. Había algo santo sucediendo allí, algo que yo jamás habría podido producir con mi propia voluntad. Y, mientras veía a aquel hombre siendo alcanzado, mi corazón iba siendo sanado de la frustración que había cargado horas antes.

Dios había respondido.

Solo que no a mi manera.

Pude entender entonces que muchas veces nos entristecemos porque confundimos obediencia con control. Pensamos que, si hacemos nuestra parte con celo, también tendremos el derecho de definir el resultado. Pero no es así. Nuestra parte es obedecer, servir, amar, anunciar e insistir en fe. La parte de convencer, atraer, traer y transformar sigue siendo de Dios.

A quien Él quiere, iré.

Cuando Él quiere, iré.

Como Él quiere, iré.

Y nosotros necesitamos aprender a estar en paz.

No toda puerta que se cierra significa fracaso.

A veces, solo significa que Dios nos está impidiendo idolatrar nuestros propios planes.

Aquel día, pasé de la frustración al entendimiento.

Del reclamo a la rendición.

De la expectativa humana a la confianza en el gobierno de Dios.

Salí pensando que mi misión había fracasado.

Pero, cuando llegué a la tienda, descubrí que el cielo ya había preparado otra historia.

Desde entonces, ese recuerdo quedó grabado en mí como un llamado a la paz. Haz tu parte. Ama, predica, sirve, ora, invita. Pero no cargues el peso de decidir quién vendrá, cuándo vendrá o cómo vendrá. Eso le pertenece al Padre.

Él se encarga.

Y, cuando Él se encarga, siempre lo hace mejor de lo que nosotros haríamos.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-ac790048-es>

La pasión es una elección

Autor: Samuel

En la vida, aprendí que casi todo el mundo se apasiona por algo. Unos se enamoran de un sueño antiguo. Otros se entregan a una profesión, a una conquista, a un proyecto, a un ideal. Hay quienes llevan en el pecho el deseo de vencer, de construir, de llegar más lejos. Y para todo eso, siempre hay un precio. Siempre hay renuncia. Siempre hay esfuerzo. Nadie alcanza aquello que ama sin, de alguna manera, sufrir por ello.



Pensando en eso, mi corazón fue atravesado por una verdad que yo ya conocía, pero que, una vez más, me quebrantó profundamente: la pasión también habla de Cristo.

Cuando miro a Jesús, entiendo que la pasión no es solo entusiasmo. No es solo gusto. No es solo emoción. La pasión también es entrega. Es sacrificio. Es dolor soportado por amor. Cristo no fue a la cruz porque fuera fácil. No se entregó porque no hubiera costo. Se entregó porque nos amó hasta el fin. Y ese amor no

fue teórico, ni poético, ni distante. Ese amor sangró. Ese amor sufrió. Ese amor se dejó herir para alcanzarme.

Cada vez que pienso en esto, algo dentro de mí se queda en silencio.

Porque, delante de la pasión de Cristo, muchas de mis excusas se vuelven pequeñas. Delante de lo que Él soportó por amor, muchas de mis ausencias se vuelven difíciles de justificar. Delante de la cruz, mi comodidad pierde fuerza. Mi cansancio, mis distracciones, mis prioridades tan fácilmente confundidas, todo esto queda delante de una pregunta inevitable: ¿qué es, al final, lo que ha estado gobernando mi corazón?

Tuve que reconocer que seguir a Cristo no puede ser tratado como un detalle encajado en el tiempo que sobra. No puede ser una práctica sin alma, una formalidad religiosa, un hábito mantenido solo cuando conviene. Amar a Cristo exige respuesta. Exige movimiento. Exige presencia. Exige decisión.

Y tal vez sea exactamente ahí donde muchos de nosotros estamos fallando.

Vivimos días en los que hay pasión para casi todo, menos para Dios. Hay energía para perseguir metas, para defender preferencias, para alimentar deseos, para invertir tiempo en lo que satisface la carne, la vanidad o los planes terrenales. Pero cuando se trata de buscar la presencia del Señor, de cultivar la comunión, de detenerse para oír Su voz, de compartir la Palabra, de ofrecernos con sinceridad delante de Él, entonces aparecen el desánimo, la demora, la distracción y la frialdad.

Eso me entristece.

Me entristece porque revela cuánto podemos acostumbrarnos a lo que es santo. Cuánto podemos tratar lo eterno como si fuera opcional. Cuánto podemos olvidar que no somos sostenidos por nuestra propia fuerza ni salvados por nuestros propios méritos. Todo lo que tenemos, todo lo que somos, todo lo que esperamos depende de la gracia. Y aun así, muchas veces vivimos como si Cristo pudiera esperar.

Pero Él no nos llamó a una fe tibia.

Él nos llamó al amor. Y el amor, cuando es verdadero, se manifiesta. El amor se entrega. El amor se mueve. El amor responde. Quien ama, comparece. Quien ama,

da prioridad. Quien ama, permanece. No porque esté tratando de comprar la salvación, sino porque fue alcanzado por ella. No porque quiera parecer espiritual, sino porque fue quebrantado por el amor de Dios.

Por eso no puedo mirar la comunión entre hermanos como algo pequeño. No puedo tratar los momentos de búsqueda, oración y Palabra como una agenda cualquiera. Hay algo santo cuando vidas se reúnen en el nombre de Jesús. Hay algo poderoso cuando los corazones se abren a la verdad. Hay algo vivo cuando uno habla, otro escucha, otro comparte, otro aprende, otro es fortalecido, y todos, de alguna manera, son visitados por Dios.

Esto no es un juego. Esto es espiritual. Esto es sagrado.

Y quizás alguien que lea estas palabras nunca haya participado de un momento así. Quizás nunca haya entendido que, detrás de una reunión sencilla, de una oración compartida, de una Palabra repartida con sinceridad, existe un mover invisible, pero real, de Dios. Hay consuelo siendo derramado. Hay corrección siendo sembrada. Hay fe siendo reavivada. Hay vida brotando donde antes solo había rutina.

Pero también sé que muchos se alejan poco a poco. No de una sola vez, sino en pequeñas ausencias. En aplazamientos discretos. En justificaciones repetidas. En prioridades invertidas. Y cuando se dan cuenta, ya no arden como antes. Todavía conocen el lenguaje de la fe, todavía recuerdan las verdades del Evangelio, todavía guardan alguna memoria de la presencia de Dios, pero el corazón ya no late con la misma entrega.

Por eso, esto no es solo un recuerdo. Es un llamado.

Es un llamado para que yo mismo despierte. Para que vuelva a tomar en serio aquello que el cielo toma en serio. Para no banalizar la cruz. Para no esconderme detrás de la prisa, del cansancio o de la indiferencia. Para recordar que Cristo no me amó a medias, no se entregó a medias, no sufrió a medias.

La pasión de Cristo por mí fue completa.

Entonces mi respuesta no puede ser fría.

Quiero que mi vida diga que valió la pena. Quiero que mis decisiones digan que valió la pena. Quiero que mi presencia, mi entrega, mi disposición para buscar, oír,

compartir y permanecer digan que el sacrificio de Jesús no pasó delante de mí en vano. Quiero amar no solo con palabras, sino con decisión. Quiero levantarme cuando sería más fácil quedarme quieto. Quiero acercarme cuando sería más cómodo ausentarme. Quiero vivir una fe que no sea solo confesada con los labios, sino confirmada en la manera en que elijo estar delante de Dios.

Porque, al final, la pasión es una elección.

Y necesito elegir, todos los días, si mi corazón todavía pertenece a Aquel que escogió sufrir por amor a mí.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-c0b8af22-es>

Un Alma Fue Salvada y el Enemigo Atacó

Testimonio: Mario

Hay días en que pienso que solo estoy siguiendo la rutina, pero Dios ya decidió cambiar mi camino.

Aquella mañana salí de casa como tantas otras veces. El destino era el de siempre. El compromiso parecía común. Todo indicaba que sería un día normal, como tantos otros. Pero, de repente, sin darme cuenta, tomé la dirección equivocada. Seguí conduciendo por unos minutos hasta que una inquietud profunda me atravesó por dentro. Era como si algo me llamara a despertar. Me detuve y pensé: ¿adónde estoy yendo?



No había lógica en aquello. Yo conocía el camino. Sabía exactamente adónde debía ir. Aun así, había tomado el sentido contrario. Fue en ese instante cuando una certeza silenciosa comenzó a nacer dentro de mí: Dios me estaba arrancando de mi propia agenda para conducirme a Su propósito.

Le dije a mi esposa que necesitaba pasar por la casa de su hermana. No sabía explicarlo bien. No era un plan. No era una idea bien elaborada. Era apenas una percepción profunda de que Dios me estaba enviando allí. Y cuando llegué, entendí que el cielo ya había preparado todo antes incluso de que yo saliera de casa.

Mi cuñada justamente estaba saliendo para ir a buscarme.

Aún hoy, cuando recuerdo eso, mi corazón se conmueve. Porque hay momentos en que el Señor ordena nuestros pasos con tanta precisión, tanta delicadeza y tanta soberanía, que toda duda se calla. Yo no me había equivocado de camino. Dios me había redirigido.

Entonces escuché el motivo.

Una mujer angustiada necesitaba ayuda. Su esposo estaba internado, entre la vida y la muerte. Una cirugía que parecía sencilla se había complicado. Su cuerpo estaba debilitado, la situación era grave y, más allá de todo eso, había una urgencia espiritual. La esposa creía. Él no. Y en aquella cama de hospital, mientras los médicos luchaban por su vida, Dios estaba luchando por su alma.

Cuando escuché eso, algo ardió dentro de mí. Ya no había espacio para vacilar. Yo sabía por qué el Señor me había llevado hasta allí. No se trataba de mí. No se trataba de coincidencia. No se trataba de sensibilidad humana. Era Dios corriendo detrás de un hombre al borde de la eternidad.

Fuimos al hospital.

Recuerdo la tensión del camino, el peso de aquel momento, la sensación de que algo muy serio estaba ocurriendo invisiblemente delante de nuestros ojos. Por fuera había paredes, pasillos, enfermeros, médicos y protocolos. Pero por dentro se estaba librando una batalla mucho mayor. Y yo sabía que no estaba entrando solamente en una habitación de hospital. Estaba entrando en un campo de guerra espiritual.

Cuando finalmente estuve delante de aquel hombre, vi un cuerpo abatido, entubado, sin fuerzas, incapaz de responder con palabras. Pero sus ojos seguían allí. Su alma seguía allí. Y mientras muchos tal vez solo veían un cuadro clínico grave, yo veía una vida siendo llamada por Dios en los límites mismos del tiempo.

Me acerqué a él con temor santo.

No temor de los hombres, ni de la medicina, ni de la circunstancia. Temor de lo que significa llevar una palabra en nombre del Señor a alguien que quizá está viviendo sus últimos instantes sin Cristo.

Le hablé de la manera más sencilla y más seria que pude. Le dije que Dios me había enviado allí. Le dije que, si creía, si recibía a Jesús, su historia no terminaría en aquella cama. Le dije que el Señor todavía le daría días, que saldría de allí, pero no para seguir viviendo de la misma manera. Saldría para servir a Dios.

Él no podía hablar.

Pero cuando le pregunté si creía que Jesucristo es el Hijo de Dios, las lágrimas comenzaron a correr por sus ojos. Y apretó mi mano.

Hay apretones de mano que valen más que mil discursos.

En aquel instante yo no estaba delante de un argumento. Estaba delante de un corazón rindiéndose. Estaba viendo la gracia de Dios tocar a alguien en el límite entre la vida y la muerte. Seguí hablando. Leí la Palabra. Hice el llamado. Llamé a aquel hombre a la decisión más importante de toda su existencia. Y una vez más, sin voz, sin fuerzas, casi sin vida, respondió con lágrimas y con la presión de su mano sobre la mía.

Oré por él.

Le pedí a Dios que escribiera su nombre en el libro de la vida. Le pedí que aquella habitación dejara de ser solamente un lugar de dolor y se convirtiera en el escenario de un nuevo nacimiento. Le pedí que, si el Señor le concedía más tiempo, ese tiempo fuera para Su gloria. En aquel momento sentí que algo eterno estaba ocurriendo. Tal vez los cielos estaban en un silencio santo. Tal vez los ángeles contemplaban. Tal vez el infierno temblaba. Pero yo sabía esto: un alma estaba siendo alcanzada.

Salí de allí con el corazón lleno de una gravedad difícil de explicar. Quien ya ha visto a Dios obrar en momentos así sabe que hay experiencias que no caben en un lenguaje común. Uno no sale igual. Uno vuelve afuera, pero una parte de sí todavía permanece junto a aquella cama, recordando que la vida es breve, que el

infierno es real, que la salvación es urgente y que Jesús sigue llamando a los pecadores con el mismo amor con que los llamó ayer.

Pero apenas salí del hospital, otra noticia me estaba esperando.

Mi coche había sido golpeado. La puerta estaba hundida. El responsable había huido.

Por un instante, el contraste casi me hirió. Yo acababa de presenciar la belleza de un alma rindiéndose a Cristo y, enseguida, me vi delante de una pérdida, de un daño, de una ofensa. Y fue imposible no percibir una realidad que muchos intentan ignorar: cada vez que algo se hace para la gloria de Dios, el enemigo se incomoda.

Él no siempre ataca de la manera que esperamos. No siempre será en el centro de nuestra fe ni en el corazón de lo que acabamos de vivir. A veces golpea alrededor. En los márgenes. En las finanzas. En la familia. En la paz. En aquello que intenta robarnos el ánimo y convertir la obediencia en cansancio. Quiere asociar el servicio a Dios con peso. Quiere que el dolor nos distraiga del milagro. Quiere que el daño borre la salvación. Quiere que dejemos de ver el valor eterno a causa de un golpe momentáneo.

Pero me negué a mirarlo de esa manera.

Sí, hubo pérdida. Sí, hubo dolor. Sí, hubo ataque. Pero ninguna puerta abollada podría ser mayor que la alegría de ver a un hombre decir sí a Jesús cuando ya ni siquiera tenía fuerzas para hablar. Ningún daño material podría borrar la gloria de aquel momento. El enemigo podría intentar herir lo exterior, pero no podría deshacer lo que Dios acababa de realizar en lo invisible.

Tres días después llegó la confirmación.

El hombre recibió el alta. Salió del hospital. Volvió a casa sano.

Cuando supe eso, mi corazón se inclinó en gratitud. Porque Dios no solo salvó aquella alma. Dios también mostró Su poder sobre el cuerpo, sobre la enfermedad, sobre el tiempo y sobre toda la desesperanza que se había instalado alrededor de aquella familia. Lo que parecía una sentencia se convirtió en testimonio. Lo que parecía el fin se convirtió en un nuevo comienzo. Lo que parecía solo dolor se transformó en un anuncio de la misericordia de Dios.

Más tarde, incluso el asunto del coche fue resuelto. Encontraron al responsable y pagó la reparación. Y también en eso vi la mano del Señor. Porque Dios no deja nada fuera de Su control. Incluso aquello que nos hiere, Él sabe tratarlo. Incluso aquello que el enemigo intenta usar para derribarnos, Dios es capaz de reordenarlo. Pero la gran lección no estaba en la reparación del coche. La gran lección estaba en lo que todo esto reveló.

Reveló que la vida cristiana no es un adorno religioso.

Reveló que hay batallas reales alrededor de decisiones espirituales reales.

Reveló que la comunión no es un lujo; es protección.

Reveló que orar unos por otros no es un celo exagerado; es una necesidad.

Reveló que obedecer a Dios puede sacarnos de la ruta común y ponernos exactamente en el centro del milagro de alguien.

Y reveló, sobre todo, que una alma vale muchísimo.

Vale un cambio de planes. Vale un camino interrumpido. Vale la urgencia del cielo. Vale la lucha. Vale el cansancio. Vale la resistencia. Vale incluso el ataque, porque nada puede compararse con el valor de ver a alguien siendo arrancado de las tinieblas y llamado a la luz de Cristo.

Cuando recuerdo este testimonio, no pienso solo en aquel hombre. También pienso en mí. Pienso en cuántas veces estoy tan atado a mis horarios, a mis preocupaciones y a mis compromisos que quizá no percibo cuando Dios está intentando cambiar la dirección de mi camino. Pienso en cuántas veces el cielo quiere usar mi disponibilidad, pero yo estoy demasiado ocupado conmigo mismo. Pienso en cuántas veces la batalla espiritual es tratada como exageración cuando, en verdad, hay vidas enteras siendo disputadas delante de nuestros ojos.

Por eso, este recuerdo no trata solo de un milagro del pasado. Es un llamado.

Un llamado para que vigile más.

Para que escuche más.

Para que ore más.

Para que comprenda que servir a Cristo no es jugar a la fe, sino entrar conscientemente en una guerra donde solo permanecen en pie los que caminan en comunión, humildad y dependencia de Dios.

También es un llamado para aquellos que, poco a poco, se han ido enfriando. Para los que comenzaron a faltar no solo a un encuentro, sino a la sensibilidad. No solo a una reunión, sino al fuego. No solo a la presencia visible, sino a la disposición interior de permanecer ligados al cuerpo, a la oración, al amor de Cristo y a la obra de Dios.

Porque nadie se enfría de una sola vez. Nadie se aparta de repente. Casi siempre empieza con pequeñas ausencias, con pequeños aplazamientos, con cierta autosuficiencia y con una fe que todavía habla de Dios, pero que ya no tiembla delante de lo santo.

Y aprendí que es peligroso caminar solo en un campo de batalla.

Nos necesitamos unos a otros. Necesitamos cobertura. Necesitamos comunión. Necesitamos gente que ore cuando nosotros no vemos, gente que nos sostenga mientras vamos, gente que discierna cuando la batalla no es evidente pero ya comenzó. No porque confiemos en los hombres, sino porque Dios decidió fortalecernos también por medio del cuerpo.

Hoy, cuando recuerdo a aquel hombre llorando sin poder hablar, apretando mi mano como quien se aferra al último puente entre la tierra y la eternidad, vuelvo a convencerme de que el Evangelio sigue siendo urgente. Jesús todavía salva. Jesús todavía llama. Jesús todavía sana. Y el enemigo todavía se levanta contra todo lo que glorifica el nombre del Señor.

Pero si la batalla es real, también es verdad que Cristo sigue reinando por encima de ella.

Y por eso sigo adelante.

Aun cuando hay desgaste.

Aun cuando hay lucha.

Aun cuando la obediencia deja marcas.

Porque, al final, nada se compara con el privilegio de ser guiado por Dios hasta el lugar donde un alma está esperando salvación.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-f7dd8a8f-es>

El Peligro de la Idolatría Oculta

Testimonio: Marineide

Escribo para quienes quizá conozcan el silencio de un ayuno y el ruido de las tentaciones que a veces llegan justo después. Yo también tuve que aprender, en la práctica, que ayunar no es solo abstenerse de algo: es velar por el corazón, especialmente cuando la mesa de las pruebas se pone al final del día.

Cuando estaba casada, mi exesposo y yo acordábamos una pequeña “seña de ayuno”, una forma discreta de recordar que ese tiempo era entre nosotros y Dios. Aprendí que el enemigo no lee los pensamientos, pero escucha lo que decimos. Por eso el lugar secreto importa tanto: hay oraciones que proclamamos en voz alta —y bendito sea Dios por ello— y hay oraciones que son solo entre Él y yo, en la habitación, en silencio, donde el Padre ve y recompensa. Nuestra boca, descubrí, es como un portón: que se abra para bendecir y no para dar lugar al mal.



En aquel tiempo vivía en Jequié, en una casa sencilla, con un piso de cemento antiguo —parte rojo, parte verde—. Enceraba ese suelo con cera roja hasta que brillara. Al principio sin pulidora, con puro esfuerzo; después, cuando mi ex

compró una, todo relucía aún más. Y fue entonces cuando, sin darme cuenta, le di a un suelo el lugar que le pertenecía a Dios. No lo llamaba idolatría. Pero lo era.

Casi siempre se repetía la misma escena: yo terminaba un ayuno, lista para presentarlo al Señor, y algo se rompía, algo caía, algo manchaba el piso. Mi niño derramaba un vaso, un plato, un pedazo de fruta. Y yo, ciega por el celo del suelo, gritaba... e incluso llegué a pegarle a mi hijo por eso. Hasta que un día me detuve, cansada de repetir el mismo error, y dije: “Dios mío, esto no está bien.” En lo profundo, Dios me habló —creo que un ángel me corrigió en ese momento—: “Después del ayuno estás maltratando a tu hijo, porque estás dando más valor al suelo que a nuestro Dios Todopoderoso.” Dolió. Pero fue la verdad que me hizo libre.

Decidí velar. Hice algo a propósito: al día siguiente anuncié en voz alta que iba a ayunar. Sabía que el enemigo escucha lo que decimos y quise confrontar esa trampa. Cumplí el ayuno. Al final, preparé una vitamina para mi hijo. Antes de que llevara el vaso a la boca, se resbaló. Cayó. La mancha roja sobre el rojo encerado pareció gritarme. Pero esta vez fue distinto: golpeé el suelo con el pie y declaré con firmeza: “¡Te atrapé, Satanás! Desde hoy no vas a leerme ni a robarme la paz. Esta casa pertenece al Señor Jesús. Te ordeno: ¡retírate ahora!” Empecé a cantar, abracé a mi niño, lo besé, profeticé bendiciones sobre su vida y, sonriendo, limpié el piso. Ese día vencí.

Después vi lo que mis ojos no querían ver: había convertido un cuidado legítimo en trono. Incluso dejaba una nota en la puerta pidiendo que se quitaran los zapatos antes de entrar. Mi exesposo, pobrecito, llegaba cansado y aún así se descalzaba afuera para no “profanar” el brillo del suelo. Qué contradicción: honrar cosas y herir personas; cuidar la casa y descuidar el corazón. Nunca más le di al piso el primer lugar. Le pertenece a Dios.

La idolatría oculta es esto: cuando algo bueno ocupa el lugar de lo Mejor. A veces es un suelo, a veces la apariencia, el orden, el trabajo, el celular, el ministerio, la reputación... cualquier cosa que, sin darnos cuenta, empieza a gobernar nuestras reacciones. El ayuno revela quién gobierna. No fue distinto con Jesús: Él ayunó y, hambriento, fue tentado. El enemigo ofreció pan y atajos. Después del ayuno se sirven bandejas. Es ahí cuando necesitamos discernimiento de lo Alto para

responder: “En el nombre de Jesús, te rechazo. Toda honra y toda gloria pertenecen al Señor.”

También aprendí sobre el secreto y la lengua. Si Dios me entrega algo para el lugar secreto, allí lo guardo. Si me llama a proclamar, bendigo. La Palabra en nuestra boca lleva vida. Que nuestras palabras cierren el portón a las trampas y abran camino a la gracia.

Escribo esto para alcanzar a quien quizá se haya alejado del devocional, de la oración, del ayuno, de la comunión con la iglesia. Vuelve. No es tarde. El Padre te espera en el secreto y también en la asamblea. No permitas que ofensas, cansancio, ocupaciones o un “suelo brillante” te roben del primer amor. Jesús sigue llamándote por tu nombre. Y si la tentación llega justo después de presentar un ayuno, no te escandalices: vela y permanece. Resiste. Mayor es Dios que está con nosotros.

Hoy renuncio a todo ídolo disfrazado que intente ocupar el trono que pertenece a Cristo en mi corazón y en mi hogar. Bendigo a mis hijos, mi casa, mis pasos. Declaro, una vez más: toda la honra y toda la gloria pertenecen al Señor Jesús. Y si el enemigo lo intenta, no hallará lugar. Que la paz del Señor llene tu casa como llenó la mía. Amén.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-f1ad545b-es>

¿Sólo una vianda? ¿Por qué no?

Testimonio: Jurandir

Yo venía del trabajo — trabajo con dinero — y caminaba ese poco más de un kilómetro hasta la estación de tren. Iba con prisa, en modo automático. Y, en medio de esa prisa, siempre me atraviesa un dolor cuando veo los carritos de cartón cruzando la ciudad, gente subiendo la acera, cargando un peso del que no sé de dónde sacaría fuerzas. Cuando es una señorcita mayor, a uno se le enciende el corazón: ¿de dónde sale tanta resistencia?

Así fue como ella me detuvo, con el carrito de cartón al lado: “Señor, ¿me puede pagar una vianda?” Ni siquiera sé en qué frecuencia estaba yo. Respondí sin pensar: “Ahora no puedo, voy con prisa.” Me solté y seguí. Pero no di ni tres pasos cuando una vocecita se encendió dentro de mí: “¿Por qué no puedes?”



Me detuve en seco. Volví. Ella ya había abordado a otra persona, que estaba visiblemente incómoda, casi cediendo, casi yéndose. Me acerqué y dije: “Déjelo, yo le pago la vianda.” “¿De verdad, señor? ¿De verdad lo va a hacer?” “Sí. Déjelo conmigo.”

Pagué. Ella sonrió como quien recibe vida. “Hoy no voy a dormir con hambre.” Eso me atravesó por dentro. Miré alrededor, la miré a ella. Lo simple valió oro.

Pregunté: “¿Y para beber? Usted no pidió nada.” Ella, tímida, respondió: “No, ya estoy abusando demasiado.” “Puede pedir lo que quiera.” “Entonces... quisiera una Fanta de uva. Me gusta la Fanta de uva.” Se me apretó el corazón. Una comida. Un refresco de uva. Y tanta gratitud.

Me gustan las frases, la verdad práctica, lo que uno se lleva al día a día. Y sé esto: si no hubiera sido por el Espíritu Santo, yo habría pasado de largo — larguísimo — sin prestar atención. La Escritura dice que Jesús sabe lo que hay en el hombre. Yo había leído en Mateo 10 que Él envía a predicar y, al mismo tiempo, advierte: cuidado con el hombre. Pienso en ese “hombre” sin misericordia, sin la mirada vuelta hacia el otro. No se trata de dar dinero a todo el mundo. No se trata de detenerse en cada esquina. Pero hay momentos especiales. Uno sabe cuándo es Dios tocando.

Ya he visto gente en internet haciendo acciones simples y directas: encuentran a alguien vendiendo dulces, preguntan su historia, suben al coche, van hasta la casa, compran dos o tres canastas de comida, ayudan con lo que pueden. Algunos critican, otros dudan de las intenciones. Yo prefiero pensar así: si alguien fue alcanzado, no seré yo quien tire la primera piedra. Lo que me importa aquí es la mirada. Vamos perdiendo la mirada.

En el ajetreo, uno se blindo: “No puedo ayudar a todo el mundo.” Es verdad. Pero Jesús miró a la multitud y tuvo compasión, porque estaban cansados y agotados. Hay mucha gente exhausta que no necesita demasiado. Y, a veces, lo poco que necesita está al alcance de nuestra mano — y de nuestra prisa. Pero terminamos con una viga en los ojos, indiferentes, automatizados. Hasta que la voz susurra: “¿Por qué no puedes?”

Tal vez ves a alguien en la puerta del mercado y piensas: “Al final del día sale con más compra que yo.” Puede ser. Puede que no. Pero ¿qué te cuesta un chocolate para el niño que está allí? Crecer con el recuerdo de pedir en la calle pesa. Duele. No estoy aquí para resolver todos los dilemas, sólo para contar que, por distracción y por prisa, casi perdí un encuentro simple — y santo.

Una vianda. Una Fanta de uva. Una alegría que volvió a encender en mí la compasión que yo venía dejando escurrirse por las grietas de lo cotidiano. Que yo viva con una nueva mirada, sintonizado con la frecuencia del Espíritu Santo. Y

que, cuando el Padre susurre: “¿Por qué no puedes?”, yo tenga el valor de volver atrás y amar. Amén.

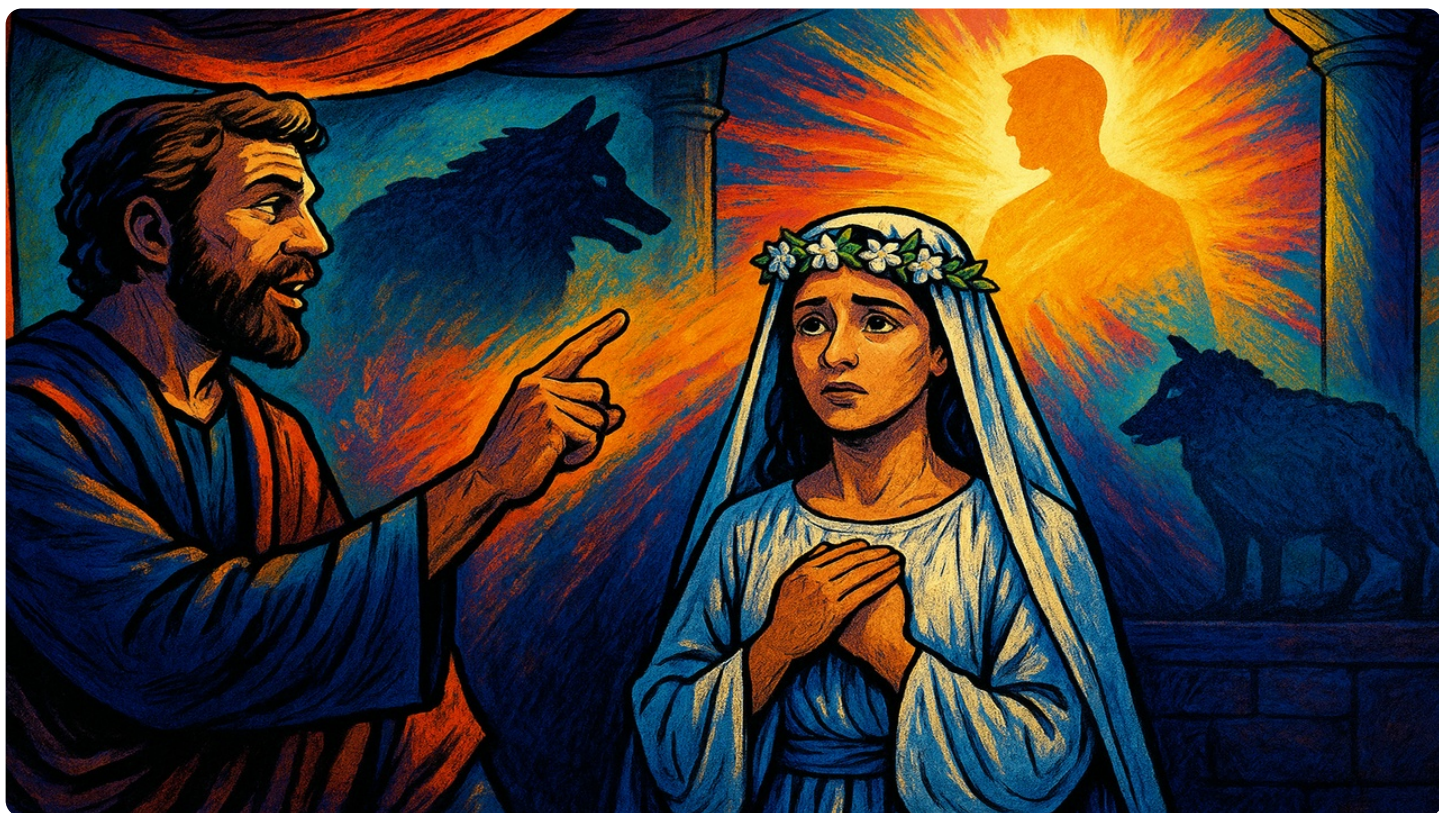
Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-078eb8ab-es>

¿Quién es el amigo del Novio?

Testimonio: Samuel

Aprendí algo antiguo que encendió mi corazón. Entre los judíos, en las bodas, el novio y la novia no se encontraban de antemano. Para preparar el corazón de ella, el mejor amigo del novio iba a ver a la novia. Se sentaba, la miraba a los ojos y decía: “Tu novio es así. Él te tratará así.” Con palabras, ese amigo pintaba el rostro del novio en el corazón de la novia. Su papel no era brillar ni conquistar; era lograr que ella se enamorara del novio contándole quién era él.

Cuando entendí esto, todo dentro de mí cobró sentido: Jesús es el Novio, la Iglesia es la novia, y el pastor es el mejor amigo del Novio. El llamado del pastor es simple y sagrado: hablar de las maravillas de Jesús, contar Su hermosura, Su gracia y Su carácter hasta que la novia suspire de amor por Él. El verdadero amigo se desvanece detrás del mensaje; no compite con el Novio, no exige aplausos, no toca trompeta para sí. Siempre señala a Alguien más grande que él mismo.



Pero hay un peligro que me hace temblar: cuando el amigo se enamora de la novia y atrae la gloria para sí. Cuando la atención que debería subir al Novio se detiene y se acumula en el pecho del amigo, algo se corrompe. La apariencia puede ser de oveja, la voz puede sonar mansa, pero por dentro crece un lobo

rapaz. Así aparecen los falsos profetas: a veces comienzan queriendo honrar de verdad al Novio, pero con el tiempo se enamoran de la novia, codician su afecto y se pierden. Robarle la novia al Novio es robar una gloria que nunca nos perteneció.

Ante esto, elevo una oración que me atraviesa: Señor, no me dejes ocupar Tu lugar en el corazón de nadie. Si mis palabras no aumentan el amor de la novia por Ti, que prefiera el silencio. Si mis pasos no conducen a Ti, que cambie de camino. Quiero ser solo el amigo del Novio: el que habla, señala y desaparece, para que el Novio aparezca.

Y a ti, que lees estas líneas, te digo con cuidado y amor: no te enamores del amigo. El amigo tiene límites; el Novio no. El amigo puede fallar; el Novio no. El amigo es un puente; el Novio es el destino. Si alguna voz te deja más impresionado con el mensajero que con Aquel de quien se habla, desconfía. El verdadero amigo del Novio hace que salgas de la conversación pensando menos en él y mucho más en Jesús.

Hoy elijo mi lugar. No quiero ser ídolo, ni referencia, ni centro; quiero ser una flecha. Quiero que, al final, baste decir: "Mira a Él." Porque solo el Novio merece a la novia; solo Él merece la gloria; solo Él es digno del amor que salva, sana y nos mantiene en pie. Que la Iglesia, la novia amada, guarde el corazón para Jesús. Que los pastores, amigos del Novio, permanezcan fieles al encargo de hablar de Él. Y que todo aplauso llegue al lugar correcto: a las manos de Aquel que es, y siempre será, el Novio.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-941866b6-es>

¡Bolas de fuego del cielo me llevaron a Jesús!

Testimonio: Thamyres

Aún lo veo como si fuera ahora: yo iba por una carretera, con un río corriendo a un lado y el asfalto extendiéndose al frente por el otro. Éramos solo mi hijita, de poco más de dos años, y yo. De repente, el cielo empezó a escupir bolas de fuego. Caían, y los coches que pasaban se volcaban en la vía. Corrí con mi niña en brazos, buscando cualquier hueco para escondernos, cualquier refugio. Nada. No había adónde entrar, ni quién ayudara. Solo miedo y urgencia. Desperté. Y ese sueño se pegó a mi corazón como una revelación de Dios.



No lo conté enseguida; primero me escuché por dentro. Entendí que Dios me mostraba algo difícil de admitir: viviendo como vivía, no podría proteger a mi hija. Estaba en el mundo—fiestas, bebida, mucha bebida—y convivía con alguien sin estar casada. Hacía lo que estaba mal, y no quería criar a mi hija en ese camino torcido. Conocí la Palabra desde temprano; siempre temí a Dios. Y mientras recordaba aquellas bolas de fuego, una pregunta me atravesaba: si Jesús va a volver y este mundo va a pasar, ¿cómo voy a guardar a mi hija si yo misma estoy fuera del refugio?

Mi niña iba a cumplir tres años. No quería criarla en la puerta de un bar, ni con ejemplos y vestidos que no deseaba ver en ella. No volví a Jesús por dolor; volví por temor reverente. Volví porque, cuando una se hace madre, entiende: una puede exponerse a sí misma, pero no a los hijos. Sabía que la salvación es individual, pero también sabía que el camino que yo recorriera abriría sendas para sus pies.

Estuve trece años apartada. Hoy, ella tiene trece. A veces no quiere ir, pero yo digo: ve. Así me criaron. Mi madre ni iba a la iglesia, pero decía: ve a la iglesia. Y por haber conocido, volví; porque, aun cuando no quería ir, iba, y la semilla quedó. Ese fue el camino que elegí para mi hija. Eso fue lo que Dios me reveló en ese sueño: si no volvía y no la criaba en el Señor, no tendría cómo protegerla.

Los sueños aún importan. Hay sueños que pasan, y hay sueños que nos llaman por nuestro nombre. Aquel me llamó. Y respondí, recordando la verdad que sostiene mi corazón: Jesucristo, el inocente, pagó por todos nuestros pecados. En Él encontré el único refugio que el fuego del mundo no consume.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-cb651b8c-es>

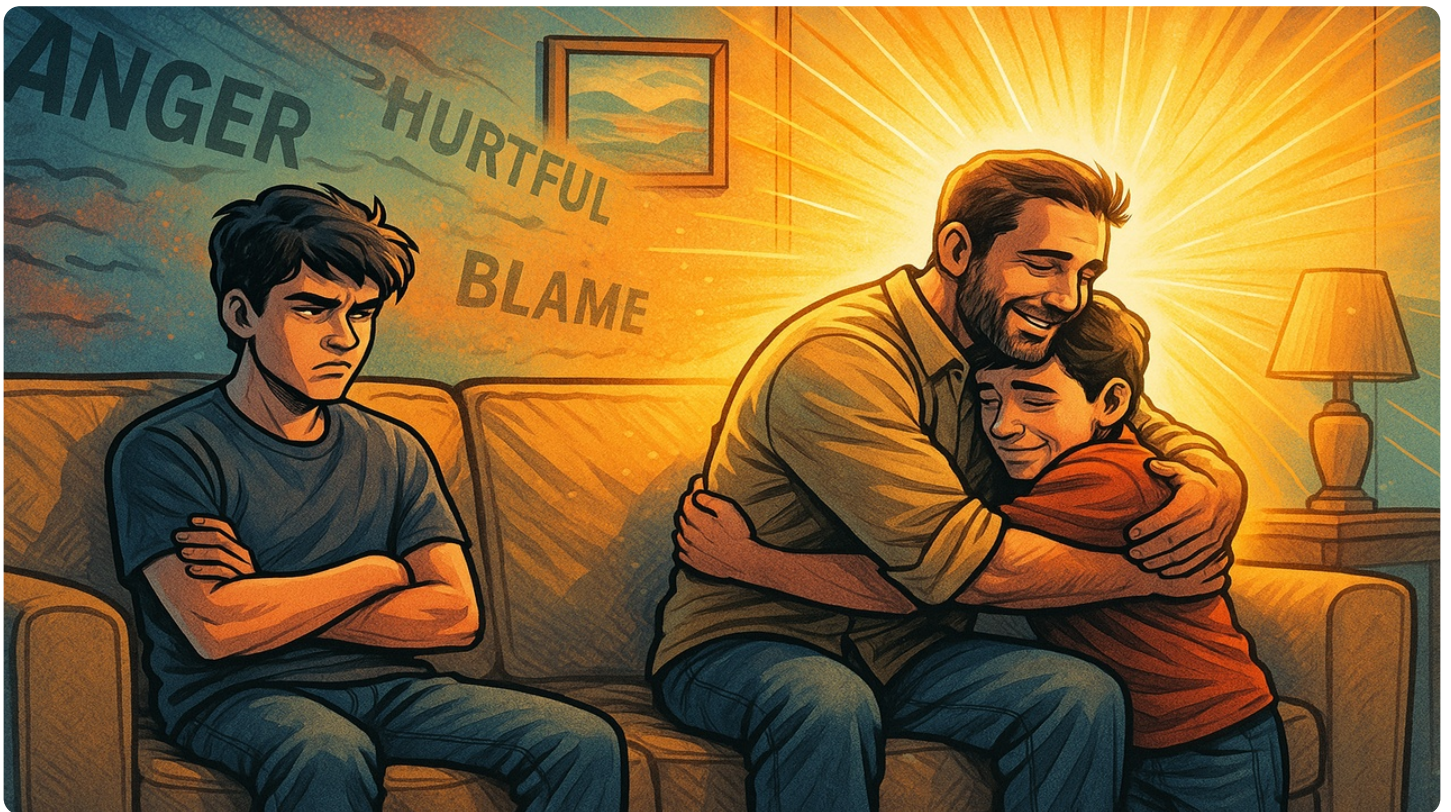
¿Por qué debo perdonar?

Testimonio: Samuel

Ayer me senté junto a mi hijo. Estaba molesto. Con suavidad le dije: "Puedes hablar, ¿qué está pasando?" Tras un largo silencio, soltó una frase que me atravesó: "No confío en ti. Si hablo, te vas a enojar conmigo."

Empezó a sacar del pecho recuerdos y heridas. En cada episodio reconocí un intento sincero de educar que a veces se volvió peso. A veces no atendí su voluntad. Otras, me pasé del límite. Mi mano fue más pesada de lo debido —no en el gesto, sino en las palabras.

Por dentro hice la oración más sencilla: "Dios, ilumíname. Dame las palabras correctas para guiarlo." Nuestra conversación se centró por completo en la misericordia. Le conté que, cuando tenía su edad, pensaba que mis padres debían ser perfectos; y que, si algo me disgustaba, concluía que eran duros conmigo. Pero no. Ellos tampoco lo sabían todo. También estaban aprendiendo. También eran imperfectos —como yo, como él.



Invité a mi hijo a mirar con piedad a su padre y a sus abuelos. "Ellos también se equivocaron", le dije. "Los abuelos que hoy te parecen tan bondadosos no siempre fueron así. Y yo también tuve catorce años, como tú ahora. No te quedarás en los

catorce para siempre; uno crece, madura." Pedí a Dios que un día me conceda un corazón tan bondadoso como el de sus abuelos, y que él, más adelante, alcance la percepción que hoy estoy teniendo.

Hablé del perdón como camino. Dios no nos puso aquí para fallar en vano; hay propósito incluso en nuestros tropiezos. Él nos enseña misericordia, nos forma en el amor y nos entrena a mirar al prójimo a través del lente de la imperfección, y no de la exigencia de perfección. Por eso necesitamos aprender a perdonarnos cuando fallamos y a perdonar a quien falla con nosotros.

Le dije: "Cuando alguien te lastime, no levantes un tribunal de juicio cruel. Elige una mirada misericordiosa, creyendo que el otro, muchas veces, está ofreciendo lo mejor que puede hoy. Nosotros también fallamos. Cuanto antes esta percepción entre en la vida, más sabiduría se adquiere, y más alto subimos en esta montaña de la vida." A través de la Palabra, Dios nos revela esto, y podemos llevar esta comprensión a nuestro hogar, entre niños y adultos.

Con esta visión, el amor desborda donde antes había dureza. En lugar de la fuerza pesada, la palabra airada, la ira y la amargura —cosas que no vienen de Dios— brotan misericordia, amor y ternura. Los desafíos no son azar: en las manos de Dios tienen propósito.

Gloria a Dios: cuando terminamos, el rostro de mi hijo era otro. Se fue feliz, amándome, abrazándome y pudiendo perdonarme. Yo lo estreché también —perdonado y perdonando— y agradecí en silencio. El perdón no reescribe el pasado, pero enciende el camino por delante; y es por ese camino que quiero caminar con él.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-90e96e9d-es>

¡Cuando el orgullo cae, la gracia entra!

Testimonio: Mario

Me veo en el ladrón de la cruz. Reconoció que merecía estar allí. Yo también he cargado culpas que no caben en ningún bolsillo. Pero él hizo algo que lo cambió todo: levantó los ojos a Jesús y dijo: 'Señor, acuérdate de mí cuando entres en tu Reino.'

Nadie sabía con exactitud lo que había hecho. Su pasado era un desierto de errores sin subtítulos. Pero bastó un reconocimiento, una confesión sin maquillaje, para que la respuesta del Cielo bajara como una promesa eterna: 'Hoy estarás conmigo en el Paraíso.' Qué maravilla.



¿Qué causó el cambio? No fue un currículo religioso. Fue arrepentimiento. Fue admitir: 'Me equivoqué.' Un corazón así abre paso donde no hay camino.

Conozco la voz del orgullo. Se traba, justifica, divaga, hace discurso: 'lo que pasa es que...' — y no cede. Pero ante la cruz no hay escenario para nuestro ego. No somos nada. Nacemos desnudos y desnudos volveremos. Todo aquí es del Señor.

Cuando cae el orgullo, entra la gracia. Así fue con el ladrón; así es conmigo, así es contigo. No es tarde mientras hay aliento. Una mirada sincera a Jesús, una súplica verdadera, y lo imposible se abre.

Hoy elijo el camino de la rendición. Dejo el orgullo, suelto la codicia, y digo con el corazón quebrantado: 'Señor, acuérdate de mí.' Él sigue respondiendo con la misma misericordia: 'Hoy estarás conmigo en el Paraíso.'

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-b8b7ab2c-es>

¿Juntando o esparciendo?!

Testimonio: Lucinha

Internet es un invento admirable. Sin embargo, ante mi pantalla he visto un torbellino de querellas, chismes y habladurías. Dios mío, ¡cuánta energía gastada para herir! Lo que más me duele es ver a líderes renombrados, que podrían estar hablando del Reino y bailando la música del Evangelio, ocupados en manchar la imagen del prójimo. Y me pregunto: ¿quién es mayor, quién es menor en el Reino de los cielos? Mateo 11:11 resuena en mi conciencia y me llama a la sobriedad.

Hablo con el corazón apretado, porque ya tendí la mano a algunos de esos pastores—y tuve que apartarme cuando vi que sus errores comenzaban a separar a las personas. Esto perjudica al Evangelio. En vez de juntar a los polluelos bajo el ala, como dijo Jesús, dispersan. La Palabra es clara y tajante: ay de aquel por quien viene el escándalo. El escándalo hiere, confunde, desgarrar el testimonio y empuja a los frágiles lejos del abrigo.



Veo en esto un trazo profético. No me sorprende leer, después en Mateo 24, que llegarían días así con sus dolores, frialdad y engaños. Y para colmo, muchas de nuestras peleas tienen sesgo político. Pero Jesús se esquivó de la política terrenal;

quisieron convertirlo en libertador del yugo romano, y Él mostró que el Reino de Dios es otra cosa—no es de este mundo.

Cuando quienes se llaman pastores se enredan en eso, pierden el foco del llamado. Romanos 13 me recuerda: toda autoridad ha sido constituida por Dios, sin importar quién sea la persona. Dios pone allí a quien quiere. ¿Mi papel? Orar para que gobiernen bien. Si no valen, rendirán cuentas a Dios—como cualquier pastor rendirá cuentas de lo que hace con lo que recibe. No me toca juzgar el corazón; a cada uno le corresponde presentarse ante el Juez Justo. Si hace lo correcto, será aceptado; si hace lo malo, el pecado está a la puerta. Aun así, Dios es bueno y ofrece la oportunidad de arrepentirse, de volver y hacer lo correcto.

Por eso insisto: vale la pena regresar. Regresar a la Palabra. Regresar a la comunión. Reconocer cuando nos aventuramos por un camino que no era bueno, cuando traspasamos límites—y arrepentirnos. Oigo de nuevo la advertencia del Maestro: dejen que los muertos entierren a sus muertos. Yo quiero seguir al Viviente.

Al final, la pregunta que me atraviesa es simple y cortante: ¿estoy juntando o esparciendo? En la red y fuera de ella, que mis palabras sirvan para reunir bajo las alas de Cristo; que mi tiempo se gaste anunciando el Reino; que mi vida baile la música del Evangelio. Que yo no sea tropiezo, sino señal de paz. Que cada uno haga su parte—y que la nuestra sea amar, orar, servir y juntar.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-e1f5f5db-es>

¿Coincidencia o Respuesta de Dios?

Testimonio: Samuel

Aprendí que a Dios le importan incluso las balanzas. Él pesa intenciones, elecciones y pasos. En los detalles Él me encuentra, y también me confronta. Hace unos días, esto se volvió claro de una manera que todavía arde en mi corazón.

Conocí a un muchacho en el gimnasio. Camiseta de Brasil, sonrisa sencilla, recién llegado a la ciudad. Inicié la conversación, le pregunté por Jesús, por la iglesia. Dijo que ya estaba asistiendo a una. Intercambiamos teléfonos. Al día siguiente le escribí: ¿jugamos pickleball? Quedamos. La cancha estaba en un condominio abierto, junto a mi casa. Parecía fácil, práctico, inofensivo.



Pero antes de salir, mi conciencia empezó a hablar. El Espíritu Santo me inquietó: ¿está bien usar una cancha que no es mía? Todo estaba abierto; nadie se daría cuenta. Y, al fin y al cabo, yo quería evangelizar. Racionalicé: Dios se alegrará con el propósito, ¿no? Mejor pensar en el alma del muchacho que en las formalidades, ¿verdad? Entre motivos nobles y atajos discretos, mi corazón intentó callar esa voz suave que me pedía integridad.

Fuimos. En el camino, él preguntó dónde jugaríamos. Le dije que sería en el condominio de al lado, y la incomodidad regresó, insistente. Cuando llegamos,

sorpresa: un candado brillaba en la reja. Nunca la había visto cerrada así. Solo un residente podía abrirla. Me sentí incómodo. Él sugirió: entonces juguemos tenis. Tendría que ser en otra cancha. Pasamos por mi casa para recoger las raquetas. Allí, en mi sala, oró por mí y por mi hogar, pidiéndole a Dios que llenara ese lugar. Dijo, con sencillez: veo aquí una célula grande, mucha gente reunida. Amén.

Fuimos a la segunda cancha. Más de diez años usándola, siempre abierta. Ese día, también cerrada con candado. Otra cadena, otro aviso silencioso. Volví al coche con un nudo en la garganta. Confesé: ayer, cuando te invité, el Espíritu Santo me estaba inquietando. Quise creer que el fin justificaba los medios. Quise evangelizar pasando por encima de un detalle que Dios pesaba como esencial.

Dios estaba allí. No para condenarme, sino para afinar mi discernimiento. Cerró puertas que jamás había visto cerradas; no para humillarme, sino para recordarme que la integridad no es un detalle prescindible. Es una respuesta de amor. Él ve lo que nadie ve. Atiende lo pequeño para formar en mí un corazón indiviso.

Entendí que no se trata de miedo ni de culpas acumuladas. Se trata de atender la voz que susurra en lo pequeño antes de correr tras lo grande. Él es Padre. Guarda mis pasos, alinea mis motivos, rompe mi incredulidad y me llama a un camino más limpio. Si actúa así en lo mínimo, ¿qué no hará en lo máximo?

Regresé a casa agradecido. Pedí ojos nuevos para reconocer Su cuidado en las esquinas desapercibidas del día. Pedí valor para elegir lo que Le honra, aunque nadie me vea. Pedí santidad que empiece entre bastidores, donde solo Él y yo sabemos la verdad. Porque la fe que no alcanza los detalles aún no ha alcanzado el corazón.

Y, por encima de todo, me aferré a la razón de mi esperanza: Jesucristo, inocente, pagó por todos nuestros pecados. De Su gracia nace la integridad. De Su perdón brota el valor para recomenzar. Si hoy oyes esa misma voz suave, no endurezcas tu corazón. Deja que Dios pese tus balanzas. En los detalles Él marca la diferencia, y en Jesús ya lo ha hecho todo por nosotros.

Mira el testimonio: <https://godmakes.com/s/book-a34ceae-es>

¡Participa con nosotros!

Únete al grupo de WhatsApp de GodMakes y visita el sitio para seguir las novedades, los estudios bíblicos de cada capítulo y libro de la Biblia, conocer las misiones que apoyamos, contribuir y también leer nuevos libros.

Escanea el código QR para entrar al grupo devocional:



Enlace del grupo devocional de WhatsApp:

http://tiny.cc/devocional_es

Sitio: <https://godmakes.com>